

# MI MAESTRA

*A la Madre Teresiana Concepción Pamies, que a tantos en-  
guerinos enseñó a leer, escribir y rezar.*

Por extraña coincidencia, en las mismas fechas que en el año 1918, allá en Compiègne, se firmaba el armisticio que puso fin a la primera guerra mundial, mis padres decidieron iniciar la campaña de mi alfabetización. Acostumbrado hasta entonces, a vagar feliz, por casa y por la calle, sin límites ni horarios, la idea de encerrarme en el colegio me pareció inaceptable y me resistí a su ejecución. En el camino, me agarré con ambas manos a una reja y ni los persuasivos ruegos de la niñera, primero, ni los sonoros *calbotes* que finalmente me propinó, lograron que soltase los *barrones* a los que estaba cogido. Tan solo la presencia de mi padre venció mi tozudez y logró que entrase en el Colegio.

Era el que las Madres Teresianas tuvieron en nuestro pueblo desde finales del siglo XIX a los años veintitantos. Y allí fue donde conocí a la Madre Concepción. Era la encargada de los párvulos y a ella le fui confiado. No era alta —aun cuando entonces me lo pareciera—, gruesa, con la tez sonrosada y amplia papada enmarcada por las tocas; contaría entonces unos cuarenta años de edad, y tenía una gran experiencia en el manejo de niños, por cerriles que fuésemos.

Para hacer menos brusco y doloroso el tránsito de la plena libertad callejera a la disciplina escolar, dispuso la Madre Concepción que los novatos, los primeros días, no entrásemos en clase, dejándonos jugar mañana y tarde en el patio; era éste un período de aclimatación previo a la aventura de la enseñanza, como las temporadas que en las faldas del Himalaya pasan los montañeros antes del asalto a las cumbres. Estas sabias medidas eran necesarias, pues pese a la dulzura del trato, no faltó algún elemento discoloro, que aprovechando un descuido de la Hermana portera, se escapó, saliendo a la calle, con el ímpetu y el brío de un novillo al dejar el chiquero.

Pasadas unas fechas, cuando la Madre creyó encontrarnos más resignados y sumisos, comenzamos la asistencia a clase. Estas eran dos, en la planta baja, a derecha e izquierda del patio; esta última muy grande, con unas gradas de madera; la otra más pequeña, carecía de muro de separación del exterior y por ello la temperatura ambiente era la atmosférica; con un pluviómetro y poco más, podíamos redactar el boletín meteorológico.

Allí empecé, con una cartilla, a conocer vocales y consonantes, deletreando las que el índice de la Madre me iba señalando; a escribir centenares de palotes y ganchos, al ternados de copiosos borrones que ennegrecían las páginas de los cuadernos; a rezar las primeras oraciones; a cantar a coro las tablas de sumar y restar y unas lecciones de Geografía, que empezaban diciendo: "Las tierras — los mares — las islas — los puertos — los lagos — los ríos — que van a la mar..."

Recuerdo que los tinteros, por razones de seguridad, estaban embutidos en los pupitres y los empleábamos como piscina para sumergir las moscas que atrapábamos, pero sin ahogarlas, pues luego las sacábamos y sin poder volar, caminaban sobre los libros, arrastrando sus entintadas alas, que trazaban caprichosos dibujos de líneas paralelas.

Los meses transcurrieron pronto y tranquilos. No faltó algún momento, en que mocosos que eramos todos, y ya intentamos nuestra revolución. La Madre Concepción, que no ha-

bía leído a Marcuse, pero estaba dotada de una paciencia inagotable, ante nuestra insu-  
misión, empleó medios pacíficos, y anticipándose a todas esas teorías de la represión de  
los impulsos, de los complejos que se derivan y de la beatitud de la libertad estudiantil,  
salió de clase, dejándonos, para ver si solos nos calmábamos, mas fue tal la barahunda  
que armamos, que volvió rápidamente y poniendo en práctica aquel principio de nuestro  
paisano el doctor Albiñana, según el cual tranquilidad deriva de tranca, repartió algunos  
cachetes a los *rabiosos* (como se dice hoy) y la paz reinó nuevamente.

Ninguno de los alumnos de la Madre Concepción ha olvidado el encanto maravilloso  
del Belén, que en vísperas de Navidad, se instalaba con corcho y romero de la Mota, en  
la entrada del colegio; ni el candor de aquellas cartas que por indicación de ella, escri-  
bíamos a San José, con peticiones para nuestros minúsculos problemas, con las que  
el 18 de marzo hacíamos una hoguera en el patio, para que nuestros ruegos llegasen a su  
celestial destinatario; ni la velada de fin de curso, en la que participábamos todos, niñas  
y niños, ellas, representando escenas de la vida de Santa Teresa, nosotros cantando  
aquello de: *Yo tengo una jaulita...* que era siempre aplaudido.

Pero antes de la fiesta de fin de curso, había que pasar la temida prueba de los exá-  
menes. Aquel año, coincidió la presencia en Enguera de mi tío el canónigo, y por invita-  
ción de las monjas presidió el tribunal examinador. Por aquella época, alguien que no  
recuerdo, me había enseñado unos pareados en los que rimaban los nombres de los días  
de la semana con una serie de porquerías, capaces de hacer vomitar a un bombero, y mi  
tío, que era un humorista, en el momento del examen dijo a la Madre Superiora: "Mi so-  
brino sabe muy bien los días de la semana". "Dílos, me ordenó ésta". Y yo, con el valor  
que da la inocencia, comencé a recitar "Lunes, tú a mí no me escupes — Martes, come  
m... hasta que te hartes..." No me dejaron llegar al Miércoles. La pobre Madre Concep-  
ción se puso como la grana; la Superiora no sabía qué cara poner; mi tío reía por dentro  
y yo quedé muy satisfecho de lo bien que había contestado.



Al llegar las vacaciones veraniegas, la Comunidad marchaba de Enguera y regresaba  
al comienzo del nuevo curso. Mas en el año 192... las monjas no volvieron. Al parecer  
los ingresos de la enseñanza no bastaban para mantener al colegio. Y fue una lástima que  
Enguera consintiese el cierre de aquel centro de formación y cultura que tanto ha influido  
en las costumbres y modo de ser de los enguerinos.

No volví a ver a la Madre Concepción. Me dice la Madre Matilde Muñoz, que al entrar  
en la Orden convivió con ella, que siempre conservó un gran amor a Enguera. Yo no la  
he olvidado, y entre los recuerdos gratos de la infancia feliz, guardo un cariño entraña-  
ble para aquella Madre Concepción, gruesa, sonrosada, llena de humanidad y ternura para  
los niños.

Fernando PALOP FILLLOL  
Magistrado